

Neoliberalismo y socialismo: *la Unidad Popular chilena,* 25 años después

José Valenzuela Feijóo*

En esta hora recuerdo a todo y todos
Pablo Neruda

El tema que abordaremos es el neoliberalismo y las alternativas para enfrentarlo. Primero, haremos un breve recuento de los rasgos básicos que tipifican, en lo económico, al modelo neoliberal. Luego, esbozaremos las opciones que se pudieran manejar. En este contexto, retomaremos la experiencia de la Unidad Popular chilena.¹

EL NEOLIBERALISMO: BALANCE DE RESULTADOS

El balance lo podemos hacer considerando la economía mexicana. En ésta, el modelo neoliberal ha funcionado a lo largo de los últimos 16 años y se trata, junto con la brasileña, de la economía latinoamericana de mayor tamaño. Consideramos tres grandes dimensiones: la del crecimiento, la distributiva y la de los usos del excedente.



* Profesor investigador del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.

El ángulo del crecimiento

A lo largo del periodo 1981-1996, el producto interno bruto (PIB) se elevó en un 24.8%, lo que implica una tasa media anual de crecimiento igual al 1.5%. En el mismo periodo la población total ha estado creciendo en el orden del 2.0% anual (34.6% en el periodo). Por lo tanto, el PIB *per cápita* se cayó en más de un 7% (-0.5% anual).

La población ocupada creció al 1.2% anual. Como la población en edad de trabajar crece en casi un 3% anual, podemos ver que la desocupación se tiene que haber incrementado en términos dramáticos. Asimismo, podemos

ver que la productividad permanece casi estancada, creciendo al 0.2% anual.

En suma, se trata de una situación de cuasi-estancamiento.

El ángulo de la distribución-explotación

En el periodo, el valor hora de la fuerza de trabajo cayó desde 0.195 en 1981 a 0.127 en 1996. En este último año, de cada hora trabajada, el trabajador sólo se quedaba con el equivalente a 7 minutos con 39 segundos.

Consecutivamente, tenemos que la tasa de plusvalía subió desde 4.12 en 1981 (un nivel que ya es muy elevado)

CUADRO 1
La economía neoliberal. Indicadores seleccionados

Variable	1981	1988	1996	1996/81*
PIB	100.0	100.4	124.8	1.5
PO	100.0	102.3	120.2	1.2
F	100.0	98.1	103.2	0.2
PT	100.0	114.9	134.6	2.0
PIBh	100.0	87.4	92.7	-0.5
vhft	0.195	0.154	0.127	-35%
TTN	11m43s	9m14s	7m39s	-
p	4.12	5.50	6.85	+66%
pra	0.805	0.846	0.873	+8%
Ak/P	0.241	0.148	0.159	-34%
Ak/PIN	0.194	0.125	0.139	-28%

* Tasa media anual de variación, en porcientos. Las últimas seis filas señalan la variación porcentual entre 1996 y 1981.

Simbología:

PIB= producto interno bruto

PO=población ocupada

F= productividad del trabajo (=PIB/PO)

PT=población total

PIBh=producto per-cápita

vhft =valor hora de la fuerza de trabajo

TTN =tiempo de trabajo para el obrero, por hora trabajada

p= tasa de plusvalía

pra= potencial de reproducción ampliada (=P/PIN)

P=masa de plusvalía

PIN =producto interno neto

Ak= acumulación

Fuente: Estimaciones del autor a partir de datos del INEGI.

hasta 6.85 en 1996 (un nivel que, a escala mundial, es muy difícil de encontrar).

El excedente y sus usos

Como consecuencia del aumento en la tasa de plusvalía, el excedente (o plusvalía) se eleva bastante en el periodo. Como porcentaje del producto agregado pasa desde un 81% en 1981 a un 87% en 1996. A la vez, una muy pequeña parte del excedente se aplica a la acumulación. Peor aún, lo que se acumula del excedente se viene reduciendo: 24.1% en 1981 y 15.9% en 1996. Y prácticamente todo el resto se destina a usos improductivos.

El conjunto de la información se presenta en el cuadro 1.

En general, nos encontramos con una economía prácticamente estancada, que opera con descomunales tasas de explotación y, por ende, con altos niveles de excedente. A la vez, con muy baja acumulación y gastos improductivos exageradamente altos. En suma, hay mucha explotación, poco crecimiento y alto grado de parasitismo.

A lo expuesto habría que agregar el brutal grado de dependencia de la economía y de la política respecto a la gran potencia imperial. La política económica se dicta en las oficinas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM) y las clases dominantes de la región latinoamericana asumen un comportamiento que obliga a pensar en la vieja categoría de "burguesía compradora" o "intermediaria".

En este contexto, nos podemos preguntar cuál es la funcionalidad del esquema neoliberal y a qué intereses sociales responde.

En cuanto a la primera pregunta, digamos que el neoliberalismo representa un ataque frontal contra el trabajo asalariado. Se trata de reducir drásticamente el valor de la fuerza de trabajo (por ende, aumentar la tasa de plusvalía) y, por esta vía, recomponer la tasa de ganancia. Para estos propósitos el modelo es muy eficaz. Para empujar la acumulación y el crecimiento es muy inepto.

¿A quién beneficia? En el plano interno, al capital financiero. Más precisamente, al gran capital dinero de préstamo. Para el caso, hay datos más que llamativos. Por ejemplo, podemos dividir el índice bursátil real (deflactado) de 1991 entre el de 1982 y compararlo con la evolución del salario real en el mismo periodo, obteniendo:

CUADRO 2
Capital accionario y salarios reales
(1982 = 1.0)

	Cociente bursátil 1991-82 (real)	Cociente del salario real* (1991-82)
México	47.0	0.78
Chile	15.0	0.85

* El salario corresponde al sector manufacturero.
Fuente: Banco Mundial, 1995.

Como se ve, las cifras hablan solas. Las ganancias del capital ficticio o especulativo se multiplican por 47 (México) y por 15 (Chile). Entretanto, el

salario real cae. En ello se revela toda la médula del neoliberalismo y de los sedicentes “ajustes” que dice empujar. Sólo cabe agregar: el salario real manufacturero es el que menos cae en el periodo. O sea, si se considerara el salario real promedio para todos los sectores el desplome sería mayor. En el mismo sentido, podemos citar un reciente informe de Naciones Unidas. Comentando la crisis chilena de 1982-1983, el informe alaba el “programa de empleo de emergencia del Gobierno que absorbió alrededor del 13% de la fuerza de trabajo chilena cuando la crisis alcanzó su cúspide en 1983. No obstante, los costos palidecen en comparación con el programa de recuperación del Banco Central. En su punto más intenso el programa de empleo costó el 1.5% del PIB mientras que el programa de rescate del sector privado llegó a costar el 5.8% del PIB” (Organización de las Naciones Unidas, 1966: 159). En México, se estima que el rescate de la banca luego de la crisis de fines de 1994, copó más del 10% del PIB en 1995 y que en el año siguiente también insumió una ingente cantidad de recursos. A la vez, poco o nada se ha hecho en materia de empleo.

En el plano internacional, el esquema neoliberal beneficia a los Estados Unidos. Para el proyecto de recomposición hegemónica de esa nación (*vis a vis* de países como Alemania y Japón), la subordinación neoliberal de América Latina ha jugado un papel principal. En el plano económico ha permitido: a) evitar o debilitar la creciente penetra-

ción de exportaciones industriales latinoamericanas al mercado interno estadounidense; b) abrir los mercados internos de la región al capital y mercancías norteamericanas; c) asegurar la provisión de materias primas y alimentos más baratos en términos relativos; y d) por la vía del endeudamiento regional, ofrecer un campo de aplicación muy rentable al capital especulativo o redundante de los Estados Unidos. En este punto, valgan algunas líneas adicionales: el imperialismo de nuestro tiempo (lo que el jesuitismo neoliberal denomina “globalización”) impone la desregulación de nuestras economías, lo que espontáneamente pone al desnudo (entre otras cosas), el sempiterno desequilibrio externo. Para “resolver” este problema se acude al aumento de las tasas de interés con el afán de atraer capitales “golondrinos”: *ergo*, también caen la inversión, el nivel de actividad económica, el empleo y los salarios. Ello arrastra a las importaciones, lo que ayuda a corregir el déficit externo. A la vez, las altas tasas de interés se convierten en un leonino bocado para el capital especulativo internacional. O sea, las famosas “políticas de ajuste” le quiebran el espinazo a la burguesía industrial autóctona y a la clase obrera. A la vez, generan las condiciones de un pingüe negocio para el capital especulativo internacional (luego, los solícitos economistas, esas perpetuas *madchen für alle*, nos hablarán de las “tasas naturales” y de las “ineludibles” exigencias que impone la metafísica de los “equilibrios macroeco-

nómicos”). La lógica es perversa: el capital especulativo-parasitario traga y traga plusvalía pero no es capaz de incentivar su producción. Al revés, la desanima. Por ello, más tarde o más temprano, los países quiebran y no pueden pagar. Devalúan y el capital especulativo se fuga aterrorizado. Las bolsas se hundén y los *piccolo* y paniaguados pequeño burgueses, con su alma de *midinettes* nos gritan: *¡quelle horreur!* ¿Por qué horror? En realidad, si la actual crisis financiera internacional se profundiza y provoca un gran colapso la deberíamos aplaudir: una vez más, el gran desorden bajo los cielos nos anuncia lo excelente de la situación, que las contradicciones y colisiones en curso son la clave, una vez más, del progreso ulterior.

De aquí podemos derivar al menos dos señalamientos. Primero, a igualdad de otras condiciones, el debilitamiento relativo de la superpotencia Estados Unidos debe favorecer el surgimiento de alternativas al neoliberalismo. Y viceversa. Segundo, en el plano nacional son las grandes mayorías (incluyendo a buena parte de la burguesía industrial) las que se ven afectadas por el modelo neoliberal. Por ello, en primera instancia pudiera parecer no difícil la conformación de un vasto bloque capaz de impulsar una ruta alternativa. No obstante, la experiencia ha demostrado que esto resulta más difícil y lento de lo que se podía suponer.

¿Por qué estas dificultades? El tema es complejo y aquí mal lo podríamos abordar. Como sea, quisiéramos por lo menos mencionar dos factores:

1. El muy lento crecimiento y su carácter parasitario ha debilitado al proletariado industrial. El trabajo “precario” se extiende, la fuerza de trabajo se refugia en el llamado “sector informal”, se expande el ejército de reserva industrial en sus diferentes componentes, especialmente en el latente o invisible. Todo ello acarrea efectos de descomposición ideológica y sobre todo políticos, por la debilidad orgánica de estos segmentos. O sea, el sistema debilita o degrada a uno de los principales agentes que podría encabezar un recambio.
2. El papel de los medios masivos de comunicación, en especial los televisivos. Éstos están férreamente controlados por los segmentos más conservadores y retardatarios. Y así como en la Edad Media el sermón de los curas aterrORIZABA y subordinaba a los campesinos a favor de los terratenientes feudales, hoy ese papel es cumplido por la televisión. Con esta propaganda lo negro se transforma en blanco y obviamente dificulta la constitución de alternativas sólidas. Esta operación publicitaria ha tenido bastante éxito y ha envuelto en el engaño incluso a la burguesía industrial. En lo económico, los mitos que se han difundido son muy variados. Por ejemplo, hoy por hoy nadie se atreve a sostener que,

en ciertas ocasiones, el déficit público resulta una bendición para el mismo capital. Y casi todos repiten como papagayos que las finanzas equilibradas son imprescindibles. De igual modo, todos hablan como papagayos de la “globalización” y sus ventajas. Y nadie se atreve a alegar en favor de un sector externo regulado y de cómo estas regulaciones usualmente provocan que a la larga el comercio exterior sea aún más dinámico que el comercio desregulado. La lista podría alargarse casi *ad infinitum*, pero bástenos subrayar el punto clave: si el pueblo no rompe el monopolio televisivo por parte de la minoría en el poder, amén de que hablar de democracia en tales condiciones es una farsa total, le será muy difícil superar su actual condición enajenada y esclava.

¿CHILE: UNA EXCEPCIÓN?

El desolador panorama que nos ofrece la economía mexicana se repite con muy leves diferencias en todos los países latinoamericanos que han tomado la pócima neoliberal. Tal vez la única excepción se encuentra en el caso chileno. Algunos hasta hablan de milagro. Digamos que, en todo caso, “una golondrina no hace verano”. Es decir, por su tamaño poblacional y económico, que es bastante pequeño, el caso chileno tiene poca signi-

ficación estadística a escala global. Como sea, y por la obvia razón que nos reúne, debemos revisarlo mínimamente.²

En una visión de largo plazo, que abarque desde 1972 hasta 1997, tenemos que el PIB global crece en un 4.2%, el PIB *per cápita* del 2.3 al 2.4%, la ocupación total alrededor del 2.3% y la productividad en un orden del 1.8-1.9% promedio anual. Los ritmos no están mal, pero no son espectaculares.

En 1972 la participación de sueldos y salarios en el ingreso nacional giraba en torno al 48% o más. Con la dictadura pinochetista esa cuota se desploma y cae a casi un tercio. Con los regímenes democráticos, la desigualdad se preserva si es que no se agrava y hoy por hoy la cuota salarial gira en torno a un 32-33%.

Luego de 25 años el salario real se ubica apenas un 10-15% por encima del vigente en 1972.³ En el Chile de hoy, la democracia es más que delgada y trabaja muy bien para el capital, no para el trabajo.

En resumen, respecto *v. gr.* a México, la desigualdad en la distribución es muy parecida. La diferencia está en los ritmos de acumulación y crecimiento.

En el caso chileno, conviene distinguir dos periodos gruesos. El primero llega hasta 1985. Es cien por ciento neoliberal y en él el PIB crece al 1.4% anual, bastante por debajo del incremento demográfico. La situación recuerda bastante al caso mexicano y en 1981-1983 desembocó en una crisis muy parecida al 1994 de México.

Luego de la crisis se dan mutaciones importantes y el desempeño económico llega a ser espectacular. En el país andino, entre 1986 y 1995 el PIB creció a un 7.6% promedio anual, la productividad al 3.8% y el salario real promedio al 3.6%. En el periodo, el producto casi se duplicó, el salario real subió casi un 40% y la distribución del ingreso se tornó algo más regresiva.⁴

No obstante, hay aspectos que no aparecen en esas estadísticas. La clave: la mercancía fuerza de trabajo funciona hoy a plenitud como tal mercancía. Por ende, el trabajo es inseguro (en cualquier momento usted puede ser despedido: “virtudes” de la “flexibilización”), es precario, es parcial, es extenuante y estrujante. La jornada de trabajo llega a las 2400 horas anuales (en México llega a las 1960 horas, en Alemania y Francia gira en torno a las 1500 horas) y la intensidad opera como si en cada hora se trabajaran dos. La gente no duerme, se “pichicatea”, consume tranquilizantes en dosis descomunales, se pelea en las calles, busca el alcohol, la droga. En el otro ve sólo un enemigo, la daga oculta que puede aparecer. En corto, la fuerza de trabajo se dirige hacia su colapso. Veamos esto.

La revista de derecha *Qué Pasa* presentó en febrero de 1997 un reportaje intitulado “Jóvenes ejecutivos: víctimas del éxito”. En él se relata el testimonio de un ejecutivo: “trabajaba más de 14 horas al día, y nunca decía que no a las ofertas que se me presentaban, sentía que podía hacerlo todo; pero al

mismo tiempo esto se mezclaba con un terrible temor a fallar, una angustia que fue en aumento”. Este empresario “se decidió a ir al médico luego de pasar tres noches seguidas sin dormir”. El reportaje continúa: “una vez diagnosticado el estrés, fue sometido a un estricto tratamiento farmacológico: un relajante una hora antes de dormir, seguido por un somnífero al momento de acostarse. Como los efectos de estos medicamentos eran tan fuertes, debía tomar simultáneamente cada mañana una pastilla para permanecer despierto y otra para relajarse. Al mediodía nuevamente debía ingerir un tranquilizante y en la tarde la dosis combinada. Sin embargo, ni los fármacos ni las sesiones con el siquiatra podrán devolverle la tranquilidad: el médico me dijo que éste era un estrés crónico y que debía aprender a vivir con él” (*Qué pasa*, 8 de febrero de 1997). Como vemos, el amo no la pasa muy bien. El esclavo, peor.

Por las mismas fechas, el diario de gobierno, *La Nación*, publicó una entrevista al doctor Alberto Minoletti, jefe de la Unidad de Salud Mental del Ministerio de Salud. Se señala que el “diagnóstico psiquiátrico de los chilenos no es simple, pero podría resumirse en los costos de la modernidad, es decir, aumento de los trastornos depresivos y ansiosos, del abuso del alcohol y las drogas”. Sobre la sexualidad, el reporte indica: “se busca el sexo descontextualizado de la relación afectiva (...), por ello deja un vacío grande”. Al final de cuentas, “lo que vemos es una fuerte dismi-

nución del interés sexual. Hay como un apagamiento general del individuo”.

El periodista pregunta: “Tanto la droga como el alcohol, las ansiedades y depresiones, parecieran ser sólo la expresión de un problema. ¿Qué está agobiando a los chilenos?” Respuesta: “...algo está pasando con la vida moderna. Algo está pasando con el desarrollo económico y tecnológico (...), se están perdiendo los lazos de apoyo tradicional, de la familia, de los amigos, del barrio... y se están reemplazando por una vida que está más centrada en tener cosas, o tener poder, en tener éxito y eso significa presión psicológica, estrés. Y si a la larga eso lo mantienes, o sea, mayores exigencias sobre los individuos y disminución de los apoyos... caes profundo. Hay un estado de despersonalización, de pérdida de las relaciones humanas”.

El entrevistado sigue y resume: “el chileno vive estresado y eso se traduce de inmediato en mal dormir, irritabilidad, andar con molestias físicas. Se podría decir que estamos frente a una situación de alto riesgo. La calidad de vida de las grandes ciudades está deteriorada al máximo. Todo es fuente de estrés” (*La Nación*, 10 de febrero de 1997).

Lo que Marx ha analizado cuidadosamente en *El capital* o en sus *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, se observa con impresionante claridad (y correspondencia) en la actual experiencia chilena. Pero el punto a subrayar es principalmente otro: ¿debemos aceptar esta trituración de lo humano que

provoca un desarrollo económico como el descrito? ¿Se trata, entonces, de salvar lo humano rechazando el desarrollo?

Por supuesto que no. No se trata de volver a una edad primitiva sedicentemente idílica, pues el atraso nunca es idílico. Lo que debe hacerse es buscar un desarrollo que a la vez nos ponga en ruta hacia un orden social más a la medida de lo humano, que no provoque los desoladores resultados que nos muestra la experiencia chilena.

LAS ALTERNATIVAS

Como regla, las clases dominantes sostienen que el único mundo posible es el que a ellos conviene. Ya en las postimerías del feudalismo, por ejemplo, los curas se referían en sus sermones dominicales a la burguesía naciente y declaraban que la conducta y los valores de la burguesía eran ajenos a la misma naturaleza humana, que constituían algo así como una anomalía genética.

Hoy, la burguesía piensa igual pero a favor propio. Lo que no es burgués, va contra la naturaleza. O sea, lo que ayer era una anomalía, una especie de depravación biológica, ahora es lo normal. En cuanto al neoliberalismo, aporta en este plano algo adicional: no conforme con sostener que el único orden posible es el capitalista, agrega que no hay más capitalismo que el neoliberal.

Por supuesto, las alternativas sí existen, amén de que la impotencia neoli-

beral para generar crecimiento las deberá poner a la orden del día más tarde o más temprano.

Podemos distinguir una familia de alternativas que se hermanan en cuanto respetan la matriz capitalista del sistema.

Una de ellas podría ser la que hemos denominado secundario-exportadora y que guarda cierta semejanza con la ruta seguida por países como Corea del Sur en el último cuarto de siglo. Ella implica un avance hacia la industrialización pesada, altos niveles de acumulación y alta vocación exportadora manufacturera, fortalecimiento del capital nacional y una distribución del ingreso menos desigual que la neoliberal pero también muy regresiva. Asimismo, hay aquí un fuerte activismo estatal.

Una segunda posibilidad brota también de la burguesía industrial. Aunque aquí sería mayor el peso de sus segmentos menos monopólicos (o menos grandes) y de la pequeña burguesía asalariada. En este caso, se impulsaría un desarrollo más volcado a los mercados internos y se buscaría mejorar significativamente la distribución del ingreso. La intervención estatal sería importante aunque muy diferente a la manejada en el secundario exportador. No está claro en esta ruta el problema de la acumulación y, por lo mismo, cómo evitar desequilibrios inflacionarios y de balance de pagos. En general, esta ruta parece inestable y condenada a asumir el camino antes delineado o a avanzar más allá, hacia una vía que supere los marcos capitalistas.

Una ruta cualitativamente diferente sería aquella que buscara romper con las estructuras capitalistas. Nos referimos a una posible alternativa *socialista*, en la cual concentraremos de ahora en adelante la atención.

La alternativa socialista

La segunda alternativa fuerte al neoliberalismo es la socialista, la cual nos lleva a retomar la experiencia de la Unidad Popular chilena. Por supuesto, este examen no conlleva el afán de una repetición, algo bobo y a la vez imposible.

Previamente, conviene explicitar algunas mínimas advertencias. Los intentos históricos por construir una sociedad socialista han desembocado al cabo del tiempo primero en regímenes burocrático-autoritarios y luego, al desintegrarse este estadio, han empezado una rápida transición al capitalismo. El tema es complejo y aquí mal lo podemos discutir. Pero nos interesa señalar por lo menos dos consideraciones.

- a) Primero: no creemos que esa involución sea una fatalidad. Es decir, pensamos que sí es posible construir una sociedad de tipo socialista.
- b) Segundo: pensamos que los regímenes burocrático-autoritarios como *v. gr.* el de la URSS en la posguerra o el de la China actual, son ajenos a la naturaleza que cabe pedirle a un régimen auténticamente socialista.

Pero entonces, ¿qué debemos entender por un sistema socialista?

Para responder, nos podemos conformar con la noción más genérica. En palabras de Rosa Luxemburgo,

...la esencia de la sociedad socialista consiste en que la gran masa trabajadora deje de ser una masa dirigida para empezar a vivir por sí misma toda la vida activa, política y económica, a dirigirla por su autodeterminación siempre más consciente y más libre (en Mandel, 1977: 159).

Esta es la idea nuclear y en torno a ella hay que bordar la discusión sobre esta alternativa.

En el caso de la Unidad Popular chilena, pensamos que la finalidad última, por lo menos para la mayoría de sus impulsores, era semejante a la sintetizada por la Luxemburgo.

El intento obviamente fracasó. Pero él nos ha dejado algunas experiencias que, si son bien asimiladas, pueden ayudar a convertir el fracaso en éxito, la derrota en victoria.

Para muchos, la lección a aprender es que la lucha por un mundo mejor no tiene sentido. Que siendo “realistas”, sólo cabe acomodarse a la realidad de nuestros días, a “convivir y a respetar al otro” como se suele decir. Aquí pululan todos los excompañeros que hoy viven con la cabeza a la altura de los testículos (o más abajo) y desde esas posturas (que semejan una mutación genética) construyen sus particula-

res “filosofías de la vida”. Es decir, se trata de aprender a vivir bajo la dominación del capital y, en el mejor de los casos, pedirle a éste algunas concesiones distributivas y de respeto a la misma democracia burguesa.

Por nuestra parte, pensamos que las lecciones son muy distintas. De ellas, quisiéramos señalar por lo menos las siguientes seis, pidiendo de antemano disculpas por lo ultraesquemático del señalamiento.

Primera lección. La primera enseñanza es que en un periodo de transición, como lo pretendía ser el de la Unidad Popular chilena, la variable política pasa a jugar un papel principal. O sea, el curso económico, en lo básico, pasa a subordinarse al factor político. También esto significa que el factor conciencia pasa a jugar un rol primordial. Por cierto, en estos periodos la conciencia popular da saltos descomunales pero nada reemplaza a la experiencia acumulada en muy largos años de lucha previa.

Segunda lección. El punto nodal a subrayar sería: *el movimiento por la nueva sociedad se afirma y desarrolla en la medida que se extiende y profundiza el contenido democrático de la vida social.* Esto vale tanto para el periodo previo de acumulación de fuerzas como para el periodo de la asunción del poder y el ulterior desarrollo del nuevo poder. O sea, la revolución se acerca, se obtiene, se defiende y se consolida en la medida que se profundiza su contenido democrático.⁵

En este sentido, hay que mencionar el problema clave: el de desarrollar las formas orgánicas (o institucionales) que *efectivamente* permitan que el pueblo detente el poder y que eviten la enajenación de este poder en manos de representantes vitalicios y de burócratas ajenos a la voluntad popular. No es éste un problema a resolver con pases de magia ni de un día para el otro. Entre otras dificultades cabe mencionar: a) el puro voluntarismo aquí no sirve. Se trata de encontrar (imaginar) y de materializar las estructuras objetivas capaces de determinar los comportamientos sociales deseados. Y esto, más allá de algunas intuiciones, es algo que el movimiento socialista mundial no ha sido aún capaz de resolver; b) los dirigentes políticos suelen tener una propensión bastante fatal al paternalismo. Se asustan con las equivocaciones populares y, a veces con la mejor de las intenciones, terminan por reemplazar al pueblo en la toma de decisiones. Con ello reproducen la vieja relación entre los hombres del poder y los de abajo, los que nada entienden y nada saben. La lección, entonces, sería confiar en el pueblo y dejar que éste se equivoque, que aprenda a través de sus errores y que, por esta ruta, aprenda a gobernarse a sí mismo;⁶ c) lo anterior no es fácil. Siglos de sojuzgamiento generan envilecimiento y apatía. Y si los trabajadores a veces se rebelan, hasta hoy no han demostrado capacidad para mantenerse en el poder, para apoderarse de la *res publica*, para no delegar y para no impedir que

sus representantes se autonomicen y, transformándose en “jerarcas”, dejen de ser tales representantes. En este sentido, la gran lección sería la necesidad de que los trabajadores aprendan a dirigir la vida pública, la vida social. Éste, valga recalcarlo: a) es un proceso bastante largo; b) no se puede esperar que el aprendizaje empiece directamente por la dirección del aparato estatal central. Al revés, lo normal es empezar por lo que está a la mano: la población, la escuela, el club social y deportivo, la fábrica. En fin, se trata (como lo recomendaría vivamente Bujarin casi al final de su vida) de desarrollar miles de organizaciones sociales intermedias en que el pueblo trabajador vaya aprendiendo a preocuparse por los asuntos sociales comunes y vaya aprendiendo a dirigirlos. Así, hasta llegar a las meras cumbres del poder.

Por cierto, el cumplimiento de estas tareas no se inicia con el inicio y el triunfo de la revolución. Se debe comenzar antes, como parte medular o central de la fase de acumulación previa de fuerzas. Al final de cuentas, son la misma condición de que la revolución tenga lugar como un acto social masivo y no como carambolas que aprovecha tal o cual grupo más o menos minoritario, más o menos blanquista. Y también son la condición para que la revolución avance y se consolide.

En suma, luchar por la democracia hoy, en todos los ámbitos de la vida social, es preparar las condiciones para que la alternativa socialista (que hoy

parece tan distante) llegue en el futuro a ser posible. Si esta lucha es exitosa, la democracia avanza y, en la medida que lo hace, encontrará muy pronto que en la estrecha horma del zapato capitalista es bien poca la democracia que cabe. Por ello, llevar la democracia hasta el final obligará primero a romper con el capitalismo, y luego a profundizar el socialismo, hasta que éste llegue a su etapa más superior, aquella en que el mismo Estado nuevo debería desaparecer.

Tercera lección. La tercera enseñanza sería: no se trata de *ocupar* el Estado burgués, de meter nuevos vinos en el mismo viejo odre. Por el contrario, se trata de *destruir* ese Estado, de reemplazarlo por otro de *nuevo tipo*, adecuado y funcional a los intereses y a la dominación de los trabajadores.

El punto es sencillo: las organizaciones sociales no son multifuncionales. Se estructuran de acuerdo a las funciones sociales que deben satisfacer. Por eso, sirven para ciertas cosas y no para otras. Y lo que es bueno para el Estado burgués resulta fatal (o mortal) para el aparato político que necesita la construcción del nuevo orden.⁷

Algo semejante vale en relación al *poder del capital* en el seno de las fábricas. No se trata de cambiar la antigua gerencia por una gerencia obrera, sino de romper radicalmente con las pautas de división y jerarquización (subordinación-dominación) del trabajo que imperan en la fábrica capitalista. De reemplazarlas por nuevas relaciones sociales,

que expresen y consoliden el nuevo ordenamiento social a impulsar.

El cambio no sólo debe afectar al ordenamiento político y al económico. Hay espacios, largamente olvidados por la izquierda política, que también deben ser alterados. Se trata de los espacios donde fluye la vida cotidiano-familiar. En corto: no se pueden reproducir las relaciones (usualmente muy autoritarias) que rigen al interior de la familia: las relaciones de pareja, entre padres e hijos, entre jóvenes y viejos, etcétera. Aquí hay que dar una dura lucha en favor de la libertad y de la no discriminación, en favor de lo que podríamos denominar “juventud de espíritu” y en contra del carcamalismo cultural y cotidiano. Abandonar la torpe y más que mecánica idea de que cambiando la economía todo lo demás se altera y acomoda a lo “nuevo y mejor”. Y jamás olvidar que si la revolución no llega a lo cotidiano y en este espacio no nos hace felices, no podremos hablar de una auténtica transformación en favor de la humanidad. Y valga el apunte: de seguro es en este espacio donde queda más claro que la revolución no se puede imponer desde arriba (¿es que acaso el Partido, o el Estado, o el “líder iluminado”, nos va a definir cómo debemos amar?) sino que se hace desde abajo o no se hace.

En suma, el nuevo orden no se implanta por la pura defenestración de tales o cuales personajes, empresariales o militares. De lo que se trata es de *subvertir las relaciones sociales* que hoy

imperan y de reemplazarlas por otras relaciones sociales, aquéllas que efectivamente sean funcionales para los propósitos perseguidos.

Cuarta lección. Aquí, la enseñanza sería: las clases dominantes (incluyendo a las grandes potencias extranjeras) no aceptan entregar el poder por la vía pacífica. Antes, buscarán liquidar por medio de la fuerza explícita el movimiento en favor del cambio. Al respecto, valga recordar que según Allende,

...los escépticos y catastrofistas (...), enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil (Allende, 1998: 30).

Lo cierto es que también en 1964, los militares buscaron el golpe de Estado para detener a Allende e incluso a Frei (que ganó esas elecciones), y si no actuaron fue por la prohibición de los Estados Unidos, que apostó a Frei. En 1970, a los pocos días del triunfo electoral de Allende, Nixon le ordenó a Richard Helms, director de la CIA, “impedir que Allende tomara el poder” y desempeñar “un papel directo en la organización de un golpe de Estado en Chile para impedir que Allende accediera a la

presidencia” (Comité del Senado de los EE.UU. y C. Opaso, 1992: 41,148).

En este sentido, se debe subrayar un viejo principio de la sociología política: las clases dominantes aceptan la democracia en tanto las grandes mayorías voten a favor de la minoría dominante,⁸ o sea, en tanto operen como clases alienadas. Al contrario, si las mayorías descubren sus verdaderos intereses y votan a favor de ellos, la democracia pasa a ser rápidamente cancelada por las clases en el poder.

Por ello, la violencia y el enfrentamiento armado, en uno u otro sentido, parecen inevitables. Por lo mismo, el pueblo en vez de gemir, lamentarse o llorar por la paz (que como regla no es sino la paz de los sepulcros blanqueados) debe evitar ilusiones pseudo pacifistas y prepararse para *enfrentar* esa violencia reaccionaria y *vencer* en esa batalla. En suma, inclusive, “si quieres la paz, prepárate para la guerra”.

Quinta lección. La quinta lección se refiere a los asuntos más económicos. Un régimen socialista (o de transición al socialismo) debería asegurar: a) altos ritmos de crecimiento, del PIB y de la productividad; b) mejorar la distribución del ingreso y asegurar el pleno empleo de la fuerza de trabajo; c) romper con la dependencia y avanzar a una situación de relativa autonomía económica.

En el caso de la Unidad Popular (UP), se comenzó moviendo la variable distributiva (algo que en teoría no es correcto: se quiso ir de la variable dependiente a

la independiente). Se reajustaron los salarios y se soltó el gasto. Y aunque la oferta interna creció bastante, se desataron fuertes presiones inflacionarias y sobre el balance de pagos. En este contexto, el nuevo sector estatal (el Área de Propiedad Social, APS) intentó congelar sus precios para contrarrestar las presiones inflacionarias y con ello prácticamente liquidó el excedente allí generado y, por ende, su capacidad de acumulación.

La moraleja es clara: al alterar la distribución del ingreso se modifica bastante la composición de la demanda. Y si se trata de evitar la inflación y un déficit externo inmanejable, el nuevo vector de demanda debe compatibilizarse con una nueva composición de la oferta global. En general, no es éste un proceso que pueda darse en un muy corto plazo. Y exige como mínimo modificar el destino sectorial de la acumulación en favor de la oferta interna de bienes-salarios, de la sustitución de importaciones (especialmente en bienes de capital e intermedios pesados) y, muy especialmente, del sector exportador. Lo cual, a su vez, exige: a) regular la expansión salarial y de la demanda global. El salario, por ejemplo, debe subir en un 30%, pero no en un año sino a lo largo de un periodo en que la oferta sí pueda responder a la mayor demanda salarial; b) el Estado debe tener capacidad para empujar la inversión privada hacia los sectores de desarrollo preferente; c) asimismo, debe poseer la suficiente capacidad de acumulación propia para em-

pujar la oferta en las ramas preferentes. Para ello, no sólo debe estatizar al núcleo monopólico central sino también evitar que por la vía de los precios relativos desfavorables ese excedente se esfume por completo (como sucedió en el caso de la UP) y vaya a parar a manos del capital privado.

En suma: el cambio en la distribución del ingreso debe ser *antecedido* por un cambio en el espacio de la producción. O bien, si en un primer momento se utiliza la variable salarial para acumular fuerza política, ésta debe ser rápidamente utilizada para en verdad destruir el poder de la clase dominante. Y así, entre otras cosas, pasar a recuperar los equilibrios perdidos. Por lo que se sabe, algunos personeros del sector económico (vg. Vuskovic) pensaban en una secuencia parecida. Pero terminaron renunciados y sustituidos por personeros hacendarios muy conservadores, como O. Millas. O sea, por falta de voluntad política (o por falta de lucidez), no tuvo lugar la secuencia adecuada y el proceso desembocó en un auténtico “despelote” económico.

Otra moraleja clave apunta a la necesidad de preservar y *elevar* la capacidad de acumulación del sistema. Como a la vez debe elevarse el consumo, algunos piensan que esto es imposible. No obstante, como el excedente es grotescamente elevado, se puede reducir (por el mayor consumo asalariado) y *a la vez* elevar la acumulación: para ello basta reducir en la medida adecuada los gastos improductivos, los cuales,



Bombardeo al Palacio Nacional

hoy por hoy, se comen el grueso del excedente.

La tercera gran moraleja tiene que ver con la necesidad de dinamizar las exportaciones, regular selectivamente las importaciones y evitar el estrangulamiento externo del proceso. Para ello, la productividad y la acumulación en los sectores del caso son vitales. Y por cierto, si el entorno internacional es muy desfavorable, la misma viabilidad de la alternativa se torna dudosa. Y viceversa.

Las dificultades, sin duda, son muchas. Pero un pueblo políticamente preparado y que tenga el poder político es capaz de resolverlas. Y valga recordar: en Chile el pueblo logró el gobierno, pero no alcanzó el poder político central, el del Estado.

Sexta lección. Para terminar, señalemos una sexta lección. Schiller, el gran poeta alemán, alguna vez escribió que “sólo los grandes asuntos remueven profundamente el alma de la humanidad; en mezquino espacio el ánimo se apoca; se engrandece con sólo aspirar a un alto fin” (Wallerstein, 1986).

Al recordar la experiencia de la Unidad Popular chilena, pensamos que el texto de Schiller recobra toda su verdad. Por eso, la lección tal vez mayor, la que hoy quisiéramos subrayar, es que sí vale la pena luchar por un mundo mejor, que sí vale la pena luchar por nuestra dignidad y por la libertad de los humanos.

Más allá de sus resultados, aunque todo desemboque en una derrota tan dolorosa, yo diría que es la misma lucha

la que vale la pena, que en ella crecemos y que en ella nos enriquecemos como auténticos seres humanos. Y creo no mentir si digo que el haber participado en esa lucha es quizá la etapa o momento más feliz de nuestra vida. Como lo cantara nuestra Violeta Parra, debemos darle gracias a la vida por habernos permitido participar, de uno u otro modo, en esa maravillosa experiencia.

Sí, luchar por un mundo mejor nos hace mejores, más felices, más dignos, más humanamente humanos.

Como nos lo muestran los ejemplos de un Recabarren, un Ricardo Fonseca (“combatiente ejemplar”) o un Pablo Neruda, los de un Clodomiro Almeyda, un Raúl Ampuero o un Salvador Allende, los de un Luciano Cruz o un Miguel Enríquez, el del queridísimo don Clotario Blest y el de tantos trabajadores anónimos — los ya míticos compañeros de las pampas salitreras y de Cohayque, los del carbón y del acero, los del puerto-puerto y los del cordón Cerrillos, los Luchos y Pedros, las Rosas y Esperanzas que nos forjaron a lo largo de nuestra historia— todos esos seres queridos nos muestran que el amor por el ser humano (que es también amor por nosotros mismos) nos lleva a la lucha por un mundo mejor, por un mundo que esté más a la medida del hombre, de su libertad y de su dignidad más esenciales.

Creo que vale la pena comprometer la vida en ello y por eso, cuando recordamos ese gran momento de la historia chilena, quisiera concluir con un deseo:

que las nuevas generaciones —a las que les toca vivir en un mundo tan degradado y abyecto como el que vemos correr en nuestros días— tengan esa oportunidad de grandeza y que luchen, tenazmente, para obtenerla. Que nosotros, los que ya peinamos canas, seamos capaces de acompañar a nuestros jóvenes, a nuestros hijos, de volver a la lucha y así volver a vivir, volver a lo mejor que ha habido en nuestras vidas.

Sí se puede, sí se “abrirán las grandes alamedas” y sí vale la pena.

NOTAS

- ¹ Texto leído en la Mesa Redonda “Allende ante los procesos de fines de siglo en América Latina” el 9 de septiembre de 1998.
- ² Para análisis recientes, consultar Agacino, 1995 y 1996; Arrizabalo, 1995 y Olave, 1997).
- ³ Según estimaciones del Programa de Economía del Trabajo (PET), la situación salarial sería peor. En 1995, el salario real habría equivalido a un 86% del alcanzado en 1972. Ver Programa de Economía del Trabajo, 1996.
- ⁴ Toda la información la estimamos a partir de cifras oficiales, Banco Central de Chile e Instituto Nacional de Estadística.
- ⁵ “Quien desee el fortalecimiento de la democracia ha de desear igualmente el fortalecimiento y no el debilitamiento del movimiento socialista (...); si se abandona la meta del socialismo se abandona al mismo tiempo tanto al movimiento obrero como a la democracia (Rosa Luxemburgo, 1977: 114). El texto citado, impresiona por su actualidad y vale también como recordatorio a los que hoy proclaman que la conservación de la democracia pasa por olvidar el socialismo.

- ⁶ No se entienda lo dicho como una apología del espontaneísmo. Con éste no se llega a ningún lado. El punto es otro: los partidos o vanguardias deben proponer pero jamás *imponer*. Cuando pasan de la proposición a la imposición ya se han degenerado como partidos de los trabajadores.
- ⁷ La dirigencia del Partido Comunista chileno, ni antes ni durante el gobierno de Allende, entendió este problema crucial. Luego del golpe y casi un cuarto de siglo después, el que fuera su principal dirigente escribe que, “con la constitución del gobierno (...) del presidente Allende (...) se conquistó una parte, la parte principal del poder, y con ello, se produjo un relevo de clases en la dirección del país” (Luis Corvalán, 1997: 176). Según leemos, se sigue sin entender el problema de las estructuras que regulan la vida social y sus límites (o posibilidades) funcionales. Al parecer, Corvalán sigue creyendo en un Estado burgués de “usos múltiples”, incluyendo aquí el servir a los intereses antiburgueses de la clase trabajadora. Amén de que, por lo visto, considera a las Fuerzas Armadas como una parte secundaria (???) del Estado y de su poder. Curiosamente nuestro autor también declara que “la historia enseña y no deben olvidarse sus lecciones” (Corvalán, 1997: 4). O sea que, “la historia enseña mas yo no aprendo nada”. En cuanto a la dirigencia del Partido Socialista (el otro gran partido de la Unidad Popular), su preocupación central ha sido otra: en aras de la “gobernabilidad” transformar a ese partido en instrumento del gran capital.
- ⁸ En las “democracias estables”, las que gozan de la ahora llamada “gobernabilidad”, la clave radica en la despolitización y alienación generalizada de las masas trabajadoras. En las últimas elecciones presidenciales chilenas, las que eligieron a Frei, según una encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP), “el estrato socioeconómico alto concentra a la población altamente po-

litizada... y el estrato bajo se asocia a población con un bajo nivel de politización”. Asimismo se señala que los candidatos de oposición de izquierda (que sacaron la más baja votación) son apoyados por los grupos más altamente politizados. Se comprenderá entonces el interés de usar los “mass media” para idiotizar a las masas (Centro de Estudios Públicos, 1993).

BIBLIOGRAFÍA

- Agacino, Rafael
1995 “Todo lo flexible se desvanece, el caso chileno” en Agacino y Echeverría (eds.), *Flexibilidad y condiciones de trabajo precarias*, Programa de Economía del Trabajo, Santiago.
1996 “Cinco ecuaciones virtuosas del modelo económico chileno y orientaciones para una nueva política económica”, en *Economía y trabajo en Chile*, núm. 6, Programa de Economía del Trabajo.
- Allende, Salvador
1998 *La vía chilena hacia el socialismo*, Fundamentos, Madrid (3a. edición).
- Arrizabalo Montoro, Xavier
1995 *Milagro o químera. La economía chilena durante la dictadura*, Los libros de la catarata, Madrid.
- Banco Mundial
1995 *Informe sobre el desarrollo mundial*, Washington.
- Centro de Estudios Públicos
1993 *Estudio social y de opinión pública*, núm. 23, diciembre, Santiago de Chile.
- Corvalán, Luis
1997 *De lo vivido y lo peleado*, LOM, Santiago.
- Luxemburgo, Rosa
1977 *Escritos políticos*, Grijalbo, Barcelona.
- Mandel, Ernest (ed.)
1977 *Control obrero, consejos obreros, autogestión*, ERA, México.

Olave, Patricia

- 1997 *El proyecto neoliberal en Chile y la construcción de una nueva economía*, Universidad Nacional Autónoma de México-El Caballito, México.

Organización de las Naciones Unidas

- 1966 *Estudio económico y social mundial*, Nueva York.

Programa de Economía del Trabajo (PET)

- 1996 *Economía y Trabajo en Chile, 1995-1996*, Santiago.

Senado de los Estados Unidos

y C. Opaso (eds.)

- 1992 *Frei, Allende y la mano de la CIA*, Ornitorrinco, Santiago.

Wallerstein

- 1986 "Prólogo", en F. Schiller, *Obras*, Porrúa, México.

HEMEROGRAFÍA

Qué pasa, Santiago de Chile, febrero de 1997.

La Nación, Santiago de Chile, febrero de 1997.